

El ser alumbra en el logos

Crescenciano Grave

Ricardo Horneffer, *El problema del ser: sus aporías en la obra de Eduardo Nicol*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, Seminario de Metafísica, 2013.

Las pruebas más palpables del gran calado filosófico de un autor son los problemas que hereda. Esto lo vuelve discutible y, en la discusión, su pensamiento se reanima. Eduardo Nicol interpretó a la tradición filosófica occidental desde el levantamiento de una postura propia frente a los problemas que han conducido y estructurado la historia de la metafísica. En este sentido, se hizo cargo de aquello que, desde sus albores griegos, se ha encomendado al pensar; lo asumió por su cuenta y su propio riesgo y, tejiendo su postura en una serie de argumentos y respuestas, se confrontó con su tradición volviéndose parte de ella. Eduardo Nicol ha dejado en herencia una serie de problemas que están ahí, en sus libros, invitando al diálogo y a su reanimación crítica.

Ricardo Horneffer no sólo acepta la invitación sino que la convierte en un reto porque, además de ubicar a Nicol en la tradición a la que pertenece exponiendo lo distintivo de su posición —así como las obras destacadas en su proceso constitutivo—, escudriña aquellos puntos en donde ésta se presenta más problemática. Al aceptar los problemas en herencia, Horneffer muestra su gratitud porque los piensa no sólo en aquel de quien los hereda, sino también contra él. Pensar contra el maestro desde lo que éste deja como legado problemático no es sólo una muestra de agradecimiento; es, sobre todo, demostrar que se ha aprendido la lección: uno piensa dialogando y disintiendo en relación con aquello que se da y a lo que se aspira recoger en la palabra razonada: “[...] pensar —dice Horneffer— es dudar, inquirir, un juego dialéctico de preguntas y respuestas que buscan definirse respecto de aquello que consideran” (p. 93). Y al trazarse las sendas de lo considerado, Nicol deja su impronta en Horneffer a la vez que la interpretación de éste fluye reanimando la postura de aquél.

El agradecimiento crítico de Ricardo Horneffer con Eduardo Nicol no podía ser menos humilde. Esto por tres motivos: en primer lugar, la postura metafísica de Nicol —aquella que él va perfilando desde distintas formulaciones: “el Ser

está a la vista”, “Hay Ser”, “el Ser es fenómeno, evidencia, absoluta”— es una postura que se va desplegando y estructurando a lo largo de la construcción de su obra, lo cual la muestra como resultado de un pensamiento concentrado en lo mismo y en constante evolución; en segundo lugar, esa postura es cotejada con la de “otros autores que se ocupan del *mismo* tema, principalmente Heráclito, Parménides, Platón, Aristóteles, Descartes y Heidegger” (p. 23) y, la evolución interna y el cotejo externo permiten, en tercer lugar, ponderar a la metafísica de Nicol como una singular y potente forma de lo que Horneffer llama la aporía del problema del Ser: un problema que, por una parte, no puede dejar de ser planteado por el hombre y al que, por otra, no puede resolver.

Aquí quizás —dicho esto como un mínimo apunte crítico de mi parte— hubiera sido pertinente compulsar esta aporía con la aseveración kantiana: “La razón humana tiene el destino singular, en uno de sus campos de conocimiento, de hallarse acosada por cuestiones que no puede rechazar por ser planteadas por la misma naturaleza de la razón, pero a las que tampoco puede responder por sobrepasar todas sus facultades”,¹ y esto no por un mero prurito academicista sino porque en el magnífico libro de Ricardo Horneffer, ante la preeminencia de la tradición griega, se echa en falta una mayor confrontación con la modernidad filosófica de la que, sin duda, Nicol también abrevó.

Independientemente de lo que podamos echar en falta, una virtud indudable del libro *El problema del ser: sus aporías en la obra de Eduardo Nicol* es que la aporía del ser nunca es tratada superficialmente, nunca es esgrimida como un obstáculo ante el cual el pensamiento deba deponer sus impulsos metafísicos. La aporía del ser no trava al pensamiento, sino que lo impulsa. Y la forma que asume en Eduardo Nicol es desplegada en relación con la propuesta de alguna obra en particular —*Historicismo y existencialismo*, *Los principios de la ciencia*, *Metafísica de la expresión*, etcétera—, su cotejo con la tradición y el enfrentamiento crítico con una y con otra. En este entrelazado que urde Horneffer destacan dos puntos en los que su confrontación con su herencia nicoliana alcanza los tonos de una verdadera polémica filosófica.

El primer punto es aquel en donde Ricardo Horneffer muestra la paradoja presente en la obra de Nicol. El autor de la *Crítica de la razón simbólica* es un pensador revolucionario que, sin embargo, continúa pensando al Ser con los mismos atributos con que lo pensó la tradición. “El caso de Nicol es de llamar la atención, pues, por un lado revoluciona la metafísica al mostrar que el Ser no es lo buscado sino aquello de lo que se parte necesariamente. El Ser ya no es lo oculto, separado e intemporal, sino es fenómeno presente en todo ente. Por otro lado, sin embargo, es heredero de la tradición metafísica al con-

¹ Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*. Trad. de Pedro Ribas. Madrid, Alfaguara, 1998, p. 7.

ferirle al Ser atributos que son inversamente proporcionales a los de lo ente” (p. 194). En efecto, según muestra Horneffer, Nicol piensa la omnipresencia del Ser como infinita, necesaria, eterna. Esta presencia absoluta queda inafectada por el devenir, el cambio, la finitud de los entes entre los cuales se encuentra el ser humano. Tras la continua transformación de lo ente, el Ser permanece incólume. Esto parece bloquear la relación del hombre con el Ser. Así, cuestiona y responde Horneffer: “¿es factible, bajo estas condiciones, hablar de una relación entre hombre y Ser? ¿Puede el hombre establecer una relación con el Ser si éste no dice nada? No me lo parece, pues aparentemente no hay punto de contacto entre éstos dos órdenes” (p. 148).

Desde aquí, el segundo punto, la relación entre el Ser y el *logos* viene a ser el centro de la confrontación. Horneffer reconoce que este problema se despliega, variándose, a lo largo de la obra de Nicol. Por nuestra parte, lejos de agotarlo, podemos plantear el punto de la siguiente manera. Aceptando la posibilidad de intuir al Ser, el problema comienza cuando se pretende llevar la intuición al *logos*, entendido como palabra y razón. Aquellos que consiguen llevar al lenguaje el contenido de su intuición son los pensadores; son los que, en su palabra, transforman la realidad inescrutable en tanto tal, en el Ser que se da en los fenómenos y se alumbra en el *logos*.

Ahora bien, ¿el *logos* es un atributo del Ser o es algo que aparece posteriormente junto con la presencia del ente designado por él, esto es, junto con el ser humano o animal dotado de *logos*? ¿Qué hay antes del *logos*? ¿En el *logos* se habla de lo que hay antes de él o, en la medida en que lo que hay sólo se puede significar en el *logos*, el ser mismo se abre y se enriquece dándose en el *logos*? ¿El Ser determina al *logos* o es el *logos* el que desde su libertad e historicidad ilumina la presencia necesaria y eterna del Ser? Y, llevando la aporía a su máxima expresión, ¿sólo hay Ser en, por y desde el *logos*? ¿Cómo lo omnipresente, el Ser que se da, no ha podido ser acogido por el *logos* de tal manera que éste produzca la palabra que verdaderamente lo nombre?

Al desplegar lo referido en estas preguntas, Ricardo Horneffer perfila su propia postura al respecto. El *logos* está vinculado indisolublemente al Ser pero de modo tal que es el *logos* el que, creando sus propias reglas, posibilita que el Ser, acaeciendo, se done, se ofrezca en el propio *logos*. “El *logos*, en este sentido, no es un atributo, sino una donación, un ofrecimiento” (p. 196). Así, el problema del Ser se alumbra en el *logos*. Su aporía consiste en que sólo podemos hablar del Ser —o el Ser habla de sí mismo— dándose en los fenómenos y alterándose en el *logos*. La visión de lo que hay y se da —el Ser de los entes— en los fenómenos supone ya una diferencia entre Ser y entes, y la expresión lógica del Ser desde su presencia en los entes prolonga esa diferencia en la alteración lingüística del Ser. Toda expresión del Ser lo altera.

Mediante el hombre, el Ser se autoatribuye el *logos*, pero no como un atributo eterno, sino de manera temporal y en esta concepción del *logos* se encuentra, para Ricardo Horneffer, la posibilidad de continuar por cuenta y riesgo propios la herencia de Eduardo Nicol. Esta posibilidad de continuación la sustenta en su idea del *logos* que no sólo viene a trastocar los atributos tradicionales del Ser, sino a *negarlos*: “[...] el Ser *no* es eterno, ya que vino a ser; *no* es necesario, pues pudo no haber sido; *no* es acto final *ab initio*, porque se recrea; *no* es acabado, dado que se completa, en tanto haya *logos*, libremente” (p. 196). Con esto, los atributos tradicionales del Ser se anulan y en su lugar se afirma el “siendo”: la temporalidad radical que designa a todo como fugaz. Así, Horneffer no disuelve la aporía del Ser; insiste en ella y la recrea desde la asunción de la radical libertad y temporalidad del *logos*, así como de su multiplicidad manifiesta en sus distintas formas en las que, deviniendo y variándose, se da el Ser.

Hacerse cargo de esta aporía es un empeño irrenunciable porque en el afán con que se afronta se pone en juego la libertad para construir posibles sentidos de la existencia humana o la libertad para sucumbir ante la ausencia de los mismos. Y, de acuerdo con Horneffer, la tarea del filosofar tiene su justificación en sí misma porque en ella la contingencia de la vida humana adquiere su derecho a existir.

El problema del Ser: sus aporías en la obra de Eduardo Nicol es un libro ejemplar de crítica filosófica. En un medio, como el nuestro, que oscila entre el elogio y la denostación, su autor, Ricardo Horneffer, ejerce el diálogo en la recepción de los argumentos y ensaya rutas propias en la recreación de los problemas heredados.